

ETERNOS INSTANTES

Neri Carmen Sánchez Gil

Todavía falta mucho para que comiencen los primeros albores del día, cuando se oyen tenues murmullos de voces y pasos por las sendas de la huerta.

A lo lejos una leve luz va avanzando y balanceándose pausadamente. Llega un momento en el que se distingue a qué pertenece, es la luz de un farol, lo lleva un hombre para alumbrar el camino a otros tres o cuatro que van tras él. De vez en cuando se detienen a la puerta de alguna casa que aquí y allá se encuentra. Desde mucho antes ya brillaba en sus ventanas alguna otra luz esperándoles. Conforme se detienen van saliendo de las casas otros hombres que se incorporan al grupo.

Han estado hasta entonces silenciosos pero ha llegado el momento de comenzar un canto. Es un canto de ritmo lento guiado por el tintineo de una campana. Son los *Auroros* que entonan la *salve*, en la madrugada, por los caminos de la huerta.

Entonan: la *salve de enfermos*, o de *difuntos* o la *salve de los quince misterios*, o de *pasión*, o de *resurrección*. Los hermanos *dispertadores* las cantan, según la época, bajo la dirección del hermano *segundo*. El superior de todos ellos es el hermano *antiguo* pero este no canta.

Estos coros, compuestos de quince voces, cantan en dos tiempos, primero comienza una parte del coro y luego la otra mitad le da la respuesta. Las notas largas, las cadencias, van avanzando en el aire y hasta muy lejos se oyen los ecos produciendo un despertar emocionado.

La luz de la aurora va apareciendo. Los árboles y las casas tienen un tinte azulado. Una ligera brisa cimbreo las palmeras y suavemente, las hojas de los árboles. Esto hace que se vaya desprendiendo un perfume que huele a menta, a romero, a tomillo, a azahar... miles de olores juntos pero que conservan cada uno su singularidad.

Se percibe el rumor del agua que dis-

curre por las acequias que desgranar el río. Algunas veces en otoño, debido a la crecida de este, a la alfaida, no se puede andar por los quijeros de los azarbes y hay que ir en apretado grupo por las sendas.

A lo lejos se distingue también, con ese leve tinte azulado, las sierras que circundan el valle. Son estos, instantes que nos gustaría que fueran eternos y pensamos con tristeza que pasarán.

Pero, hemos tenido la suerte de asir esta inaprensible eternidad, porque ha quedado plasmada en un cuadro. M^a Luisa Méndez Ludeña ha sabido, con sus pinceles, fijar el cielo, la lejana montaña, la cimbreante palmera, el verdor de la madrugada y el grupo de hombres, que cumpliendo un rito ancestral, discurre por el Carril de la Civila del Rincón de Seca en la huerta de Murcia.

Pasará el tiempo, pasarán estos hombres, pero no pasará el instante que está aquí detenido.

